

Vieron á los verdugos hacinados como troncos heridos por el odio amargo del tiempo y pudieron percibir, muy distante, el eco tembloroso de una naciente canción de victoria entonada acaso por las víctimas libres. Conocieron las grutas de esmeralda en que muchos siglos antes pulsaban sus cítaras las corrientes del infortunio, y por largo trecho siguieron su cauce agotado.

Y han venido por fin, tras extraña exploración, uncidos de ceniza luminosa que cuentan fué recogida en las viejas retortas del gran Eliphaz Leví, á decirle á los hombres que viajar por esas remotas tierras es como entrar en

el alma de la vida porque se aprende algo que tiene la delicia sublime del éxtasis, porque se aprende á decir á cuantos piden un consejo ó quieren un consuelo: hijo del hombre, sigue adelante, que bajo tus pasos se convertirán en margaritas las iras de los cardos que hieren tus plantas. Prohibido le fué á la mujer de Lot tornar hacia atrás la mirada, también te está prohibido á tí, bajo de pena de que no llegues nunca á oír la lira del Bien y háyas de convertirte para siempre en pobre estatua de miseria. ¡Sigue adelante! Y que el Deseo desgrane á tus pasos las sonrisas de la nueva vida!

OMAR DENGO

## CRÓNICAS SOCIALES

### La confesión

De todas las infamias cometidas por las religiones, antiguas y modernas, ninguna iguala á la confesión, establecida por la Iglesia católica. ¿En qué cabeza bien organizada cabe el absurdo de que un hombre pueda absolver á otro de los crímenes que éste haya cometido contra su prójimo y contra su Creador? El ofendido es el que ha de perdonar y no un supuesto apoderado.

En los primeros siglos de la Iglesia no existió confesión auricular; fué inventada cuando el Catolicismo quiso dominar social y políticamente. Por este medio la jerarquía eclesiástica sabe lo que pasa en el seno de la familia, donde ningún intruso se atreve á penetrar; el confesor se introduce en lo sagrado del lecho nupcial, en el de la virgen inocente, y va aun más allá; penetra en el pensamiento que atraviesa por la mente. Exige que el pecador arrodillado á sus pies, le muestre abierto de par en par el corazón, que le deje registrar su memoria, no importa que el penitente sea un hombre, una mujer virtuosa ó una niña inexperta. Para aquel hombre que se sien-

ta en el *Santo Tribunal de la Penitencia*, en representación de Dios, no hay nada sagrado; todo lo ha de palpar con su torpe mano, temblorosa tal vez por efectos de la crápula; todo lo ha de empañar con su aliento, saturado muchas veces con los vapores de la orgía.

¿Hay algo que más degrade á un hombre que arrodillarse á los pies de otro? ¿Hay algo más profano que examinar el pensamiento que cruza más rápido que el relámpago por la mente de la niña inocente? ¿Hay alguna pretensión más sacrílega que pretender un hombre, corrompido y desmoralizado en muchos casos, colocarse en lugar de Dios y pretender perdonar las ofensas á Este y á los hombres? Si la Eterna Justicia delegara en un clérigo la facultad de perdonar nuestras faltas, la despreciaríamos.

Cada hombre está en comunicación tan directa con Dios como el Papa. El que se mete entre la criatura y el Creador es un intruso, que humilla al hombre y ofende á la Divinidad. Los mismos que se confiesan no facultan á nadie para recibir por ellos satisfacciones de los que les han ofendido.